

Ciclo C: V Domingo del Tiempo Ordinario

Mario Yépez, C.M.

Echad las redes

El profeta Isaías nos presenta esta teofanía o revelación de la gloria de Dios en un contexto de consagración para ser profeta. Como vemos, esta visión profética tiene tres partes: la teofanía, la consagración y la misión. Sin duda, es retratada como una experiencia particular. Dios es el rey de todo el universo y es preciso confirmar su soberanía dentro del contexto de un tiempo propio de desesperanza para el pueblo que significaba la muerte del rey de Judá. Dios es representado en una corte celestial, donde es aclamado como el "tres veces santo", el más puro, cuya presencia reviste de esplendor pero a la vez infunde temor. Dios tiene que seguir manifestando su palabra a su pueblo y para ello requiere de su profeta. El vidente manifiesta sus sentimientos y comprende que no es digno de contemplar lo que ve y se lamenta porque sus labios son impuros. El vidente se siente parte de un pueblo impuro y su pequeñez, según su parecer, pone en peligro su vida ante la teofanía pero también pone en entredicho la relación entre Dios y su pueblo. La consagración se lleva a efecto con un ritual de purificación. La brasa ardiente puesta en boca del consagrado profeta se convierte en el signo de purificación. Pero se marca una considerable pausa. El profeta ha sido separado pero aún falta la aceptación de la misión. La libertad del profeta queda asegurada. La voz de Dios anuncia una vez más su deseo de anunciar su palabra al pueblo, de no querer desentenderse de su creación. Un corazón preparado responde: "Aquí estoy, envíame". Dios quiere seguir manifestándose a los hombres, Dios quiere seguir anunciando su verdad, Dios quiere seguir dándonos oportunidades para reconocerlo, Dios quiere seguir guiando a su pueblo. Hay distancias insalvables entre la grandeza de Dios y nuestra propia realidad humana de pecado pero con todo ello, hay un deseo grande de mantener un vínculo imprescindible de salvación. Los profetas de ayer y de hoy, son aquellos que comprenden que no hablan en nombre propio; son aquellos que viven la propia experiencia de relacionalidad con Dios porque son del pueblo, los profetas son quienes muestran su disponibilidad para anunciar siempre "palabra de Dios". Estemos atentos porque Dios sigue extendiendo su brasa ardiente y sigue consagrandolo, Dios sigue llamando y sigue esperando que alguien manifieste su libertad y responsabilidad para evangelizar porque su palabra tiene que ser escuchada hoy y siempre.

Este fragmento de la carta a los corintios es un maravilloso testimonio de la transmisión de la tradición entre los primeros cristianos. Pablo en un contexto de incertidumbre frente a quienes no ven claro el asunto de la resurrección de los muertos, introduce una maravillosa exposición de aquello que reconoce como fundamental para todo cristiano. La fe en Jesucristo resucitado tiene que ser la base de la esperanza de la propia resurrección. Pablo invita a recordar lo que los corintios ya habían escuchado en su predicación (evangelio). Pero como vemos, va más allá de un simple recuerdo, para Pablo hay una tradición que es transmitida con autoridad de algo fundamental pues si esto no es así, en vano se creería.

“Cristo murió por nuestros pecados” verdad fundamental, sostenida además desde la confirmación de la Escritura; lo mismo su resurrección y sus apariciones. Cristo resucitado se ha revelado a sus apóstoles, llamados a continuar la predicación de esta Buena Nueva y ha trascendido su infinito designio hasta la persona de Pablo, quien indigno por su antigua condición de perseguidor, es el último llamado a ser apóstol. Pablo se siente superado por esta decisión divina pero da a conocer en esta carta que por encima de todo es la gracia la que actúa en él y hace posible que se siga anunciando esta verdad a todos los hombres. Su disponibilidad a la misión está fuera de discusión; pero aún más es el reconocimiento de que es la gracia de Dios la que lo hace posible. Así hemos recibido la fe, así vivimos nuestra camino de discípulos, así reconocemos a los apóstoles (enviados) y el apostolado en nuestra comunidad. Dios quiere seguir transmitiendo su gracia y aunque tenemos una fuente importante de testimonios del pasado, éstos no se han quedado fosilizados sino que se convierten hoy en cimiento fundamental de nuestra esperanza y experiencia profunda de perdón y reconciliación. Es una hermosa invitación a reflexionar cuánto podemos trascender desde las verdades conceptuales de lo que creemos hacia la expresión viva de lo que creemos en los actos de nuestra propia vida.

Lucas nos comparte este relato de llamado o vocación de los primeros seguidores de Jesús pero insertado en una historia que recuerda justamente las anteriores lecturas que hemos proclamado. Es decir, hay una experiencia de revelación prodigiosa; una aceptación de condición indigna ante la presencia de Dios y una invitación a la misión. También está expresada la realidad de la libertad de los elegidos. Jesús enseña a la multitud y Lucas intentará casi siempre resaltar este impacto multitudinario de la predicación de Jesús. Pero también Jesús quiere llegar a personas concretas y elige una de las barcas, la de Simón, un pescador del lago de Genesaret. Terminada la enseñanza, fija su atención en el pescador y le ordena como si fuera un entendido en estas tareas ir más a profundidad para pescar. Se había dicho anteriormente que habían descendido de la barca mientras Jesús enseñaba y estaban lavando sus redes. Esto era propiamente la actividad del pescador al regreso de la faena nocturna, pero como también hemos notado no se dice nada de que hubieran pescado, más bien, Simón es quien da a conocer esa realidad de cansancio y desazón por no haber conseguido nada. Finalmente, reconociendo al que enseña bien (Maestro), pero de seguro expresando sus dudas de que sabría algo de pesca, se lanza a la aventura en el día. La revelación del poder de Jesús está expresado en esa redada impresionante de peces que Lucas intenta plasmar en su relato (las redes rompiéndose, las barcas anegándose). Hay algo extraordinario que estaba pasando en la vida de Simón (aquí Lucas introduce que se llamaba Pedro), algo que le supera y el cuadro que sigue expresa esta realidad que vive: cae a las rodillas de Jesús y pide que sea Jesús quien se aleje de él por su condición de pecador. Es una imagen de intensa agonía, de una lucha en lo profundo del ser humano, de querer aferrarse a Jesús pero a la vez de sentirse tan lejos por ser un pecador. Los otros compañeros sintonizan con este gesto. Pero es Jesús quien se encarga de tranquilizar la situación. No cambiarán de actividad, cambiarán de destinatario. Hay que echar redes en el mundo. La consagración y la misión están puestas en sus manos. Lo que sigue después es la expresión de su libertad: “dejando todo, lo siguieron”.

El relato propone claramente el itinerario del llamado a ser seguidor de Jesús, a dejarlo todo también para seguirlo. Pero la clave de este tipo de relato vocacional tiene un ingrediente que rompe los esquemas habituales propuestos por los otros evangelistas y es que hay algo que muchas veces puede impedir la aceptación de nuestra misión y es que nos consideramos indignos de hacerlo. Este es un buen punto de discernimiento. Por una parte, es verdad y es bueno aceptar nuestra condición pecadora, pero no sintamos que esto depende exclusivamente de nosotros, es la misión de Jesús, él nos invita a seguirlo para ser pescador de hombres, pero es él quien nos señala el camino y el verdadero capitán de la barca. Por otra parte, cuando no consideramos convenientemente nuestra condición de pecadores, nos apropiamos de una maravillosa misión y llevamos por donde queremos a la barca, y es probable que casi siempre regresemos con las redes vacías por nuestra poca humildad. Gracias a Dios tenemos este maravilloso relato que sabe ponernos en nuestro lugar y que siempre nos invitará a lanzarnos a la misión de la Iglesia considerándonos siempre los últimos apóstoles pero en nosotros también la gracia actúa y es la que en definitiva lleva adelante la salvación de los hombres. Unámonos al salmista: "Señor tu misericordia es eterna, no abandones las obras de tus manos"

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)